

EL CEREBRO ESCUADRADO

Sobre el ángulo recto en arquitectura

Todavía ruedan por mi estudio escuadras y cartabones. No ya para dibujar, todo se dibuja ya en Autocad, sino para construir las muchas maquetas que todavía hacemos nosotros mismos. Cuando era pequeño mi madre hacía siempre las tartas en casa, que eran magníficas. Pues en mi estudio las tartas, las maquetas, las hago yo y, mucho mejor que yo, mis colaboradores. Las maquetas las hacemos siempre en casa.

Usamos la escuadra y el cartabón para controlar el ángulo recto, que es ingrediente básico de la arquitectura. El ángulo con el que se encuentran, siempre, la vertical de la gravedad con la horizontal del plano de la tierra. Por algo será el que el ángulo recto ha sido el mecanismo geométrico más usado a lo largo de la historia de la arquitectura. En sección por razón de la gravedad y en planta por razón del orden. Y así siempre la plomada y el nivel han sido, y siguen siéndolo, instrumentos imprescindibles para construir las obras. En mis obras usan la aplicación del iPhone para plomada y para nivel.

Pero antes de seguir mis razonamientos sobre el ángulo recto, debo confesar cuál es la razón por la que me he puesto a escribir sobre este tema. He leído en la prensa que los científicos norteamericanos del Hospital General de Massachusetts han descubierto que el cerebro está hecho de fibras paralelas y perpendiculares que se cruzan entre sí de forma escuadrada. Que el cerebro es cuadrado, un cerebro escuadrado.

Se ha descubierto que las conexiones físicas del cerebro humano, que siempre se habían supuesto enmarañadas, tras ser analizadas por estos investigadores con la tecnología más avanzada, son sorprendentemente simples, ortogonales, escuadradas. Parece que el cableado cerebral está organizado geométricamente según una red ortogonal de comunicaciones, como si del mismísimo trazado de Manhattan se tratara. O como son los circuitos impresos, que eso es lo que son. Claro que aquello tan antiguo de que la menor distancia entre dos puntos es la línea recta, que sigue siendo cierto, no lo han descubierto nuestros científicos norteamericanos.

Y a mí, que siempre me han acusado de insistir obstinadamente en la línea recta, tanto en horizontal como en vertical, y de utilizar básicamente el ángulo recto ahora que todos los arquitectos inclinan, tuercen, giran, curvan y pliegan, me ha sonado muy bien este nuevo ¿nuevo? descubrimiento. Cuando hoy día casi todos los arquitectos hacen un despliegue de ángulos agudos y obtusos, tras esta noticia, no puedo menos que sonreír callado desde mi escuadrado rincón recto rectangular. Y es que un rincón es, suele serlo, un triedro recto rectangular. Aunque los nuevos tratadistas de no se sabe qué prescriban los ángulos variados, todos menos el ángulo recto, como ingredientes imprescindibles para dotar de supuesta originalidad y modernidad a su arquitectura.

Comprenderán entonces ustedes que a mí me haya alegrado infinito que el cerebro, donde físicamente se asienta la razón, tenga sus conexiones tan bien ordenadas, tan bien escuadradas. Ortogonalmente como las estanterías *Expedite* de Ikea, si se me permite la comparación.

Todavía recuerdo cómo, tras pasar por las manos de Alejandro de la Sota en la Escuela de Arquitectura de Madrid, en el curso siguiente hice los bocetos de mi primer proyecto absolutamente ortogonales. Tan empapados de aquella ortogonalidad sotiana que los nuevos docentes, de los que no diré el nombre, no pusieron muy buena cara: “*Hay que ser más expresivo, menos soso*”, me dijeron. Con una docilidad que no acostumbro, y trabajando muchísimo aquel fin de semana, les presenté el lunes un nuevo proyecto repleto de curvas y de giros y de gestos expresivos. Algo entre *gaudiniano* y *wrightiano*. Unos dibujos preciosos que aquellos profesores no dudaron en alabar públicamente con calor. Aplaudieron tanto que, ya sea por lealtad a Sota o quizás por mi acendrado espíritu de contradicción, inmediatamente decidí volver a la ortogonalidad perdida, a mi escuadra y a mi cartabón. Entonces aquellos entusiastas docentes no me concedieron la deseada calificación. Pero debo confesar que aprendí un montón. Les llevé la contraria con razones poderosas, como he hecho siempre en todos los campos de mi vida. Y sigo haciéndolo, mal que les pese a algunos.

Hace poco coincidí con Eduardo Souto de Moura en un simposio sobre Mies van der Rohe en Aquisgrán. Además de visitar juntos la despojada iglesia de Rudolf Schwarz y la rica capilla palatina de

Carlomagno, hablamos mucho de arquitectura. Y Souto, entre copa y copa de *Riesling*, me decía sonriendo que éramos de los pocos que todavía seguíamos fieles a la línea recta y al ángulo recto. Y yo asentí feliz viniendo el comentario de quien venía.

En mi último proyecto, que acabamos de empezar a levantar, una casa al borde del mar en Zahara, el ángulo recto es tan recto y la caja es tan caja, que al final será un cajón construido en travertino oniciato romano empotrado en la arena de la playa. Y cuya cubierta, un radical plano horizontal plano, es protagonista principal de ese espacio. Como un *temenos* adonde luego irán los dioses a reunirse con los hombres.

Porque allí, en aquella playa de impensable hermosura, la gravedad sigue siendo la misma gravedad de siempre, la de las manzanas de Newton que siguen cayendo verticales, describiendo una línea recta siempre perpendicular al suelo.

Y allí, en aquel trozo de paraíso, el horizonte sigue siendo horizontal. Tan horizontal como recto es el horizonte definido por el mar Atlántico que se ofrece frente a nosotros. Allí el plano horizontal se ajusta con exactitud a la definición del diccionario de la RAE de la Lengua que, curiosamente, hace relación al agua quieta: el definido por la superficie de un líquido en reposo.

El mismo plano horizontal que siempre construyó Mies que, si levantara la cabeza, felicitaría a aquellos sabios norteamericanos no tanto por descubrir la ortogonalidad fisiológica como por corroborar algo que para él, y para mí, es tan elemental como la ortogonalidad en arquitectura. Como no podía ser menos. Y es que la distancia menor entre dos puntos sigue siendo la línea recta. Y porque las manzanas siguen cayendo verticalmente, ortogonales al plano horizontal del suelo.

N.B. El eficaz juego de palabras “escuadrado”, relativo a la escuadra, y “es cuadrado”, de ser cuadrado, que aquí uso para referirme al cerebro, solo es posible en lengua castellana. Es imposible traducir este juego verbal a ninguna otra lengua.

www.neurologia.es/sec/RSS/noticias.php?idNoticia=3484